

Javier Fernández Arribas

Casco azul, soldado español

**Una misión humanitaria
en el infierno
de Bosnia**



La guerra civil en Bosnia-Herzegovina no es solo una tragedia para sus habitantes y una vergüenza para Europa y el mundo; en lo que respecta a España, este conflicto ha servido también para reforzar el papel de su diplomacia en el concierto internacional y, sobre todo, para revitalizar el concepto de sus Fuerzas Armadas, y en especial de la Legión, como un instrumento eficaz en la persecución de la concordia y la paz.

¿Cómo se ha desarrollado la misión humanitaria española en la antigua Yugoslavia? ¿Quiénes son sus protagonistas y cuáles son sus opiniones e inquietudes acerca del conflicto? ¿Cuál ha sido la vida cotidiana de los cascos azules en medio de la guerra? ¿Cómo han afrontado el intenso frío, el duro trabajo, la hostilidad de las milicias locales o los riesgos de cada operación? ¿Ha servido de algo la muerte de los militares españoles? ¿Merecen los legionarios y los demás soldados integrados en UNPROFOR una mejor consideración por parte de la sociedad?

El presente libro es el relato directo de la participación de nuestro Ejército en la tragedia bélica de los Balcanes, contado sobre el terreno por sus actores y descrito imparcialmente por un reportero audaz que no ha dudado en introducirse en cuarteles y convoyes ni en recabar datos de todas las instancias del Ejército español, desde el legionario de primera fila hasta los altos mandos y el propio ministro de Defensa. La exposición viva y apasionante de la llamada Operación Alpha Bravo, una misión militar que, con luces y sombras, ha intentado abrir un camino a la esperanza y que, sin duda, ha de contribuir a modificar la imagen de nuestro país en el mundo.

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Casco azul, soldado español](#)

[Introducción](#)

[Capítulo I. La primera baja](#)

[Capítulo II. Los refugiados del teniente Monterde](#)

[Capítulo III. La carretera es el peor enemigo](#)

[Capítulo IV. Los españoles en Bosnia: la Legión se juega su futuro](#)

[Capítulo V. Almería: La Torre de Babel](#)

[Capítulo VI. La necesidad obliga a un mal despliegue](#)

[Capítulo VII. En territorio cherokee](#)

[Capítulo VIII. Más cerca de la guerra](#)

[Capítulo IX. Entrar en Sarajevo: El desafío](#)

[Capítulo X. Jugarse todo el prestigio a una escolta](#)

[Capítulo XI. Konjic: punto negro de las escoltas](#)

[Capítulo XII. Mostar es un infierno: la muerte del teniente Aguilar](#)

[Capítulo XIII. Rehenes de los desesperados: seis días en Mostar](#)

[Capítulo XIV. La ratonera de Jablanica](#)

[Capítulo XV. Experiencias humanas](#)

[Capítulo XVI. Navidades: Un trago rápido para que no due la](#)

[Anexos](#)

[I. Testimonios de viudas orgullosas](#)

[II. Composición de las Agrupaciones](#)

[Agrupación Málaga \(octubre 92-abril 93\)](#)

[Agrupación Canarias \(abril 93-octubre 93\)](#)

[Agrupación Madrid \(octubre 93-abril 94\)](#)

[III. Mapas](#)

[IV. Álbum fotográfico](#)

INTRODUCCIÓN

A María.

«Entre estar en España simplemente haciendo la *mili* y estar aquí en Bosnia haciendo algo la diferencia es bien notable». Esta descripción de por qué un muchacho navarro, universitario de diecinueve años, que cumplía el servicio militar obligatorio, se presentó voluntario para formar parte de los cascos azules podría definir el ánimo con el que afrontaban los soldados españoles su misión de ayuda humanitaria en Bosnia-Herzegovina. Ese «algo», que puede parecer poco, se traduce en siete millones de kilómetros recorridos, más de dos mil escoltas realizadas con miles de toneladas de ayuda humanitaria transportadas, intercambios de heridos, prisioneros y cadáveres, múltiples reuniones de mediación entre las partes contendientes, miles de vidas salvadas y demasiados compañeros que dejaron allí las suyas.

Con aciertos y con errores, los más de tres mil integrantes de las tres agrupaciones. Málaga (de octubre de 1992 a abril de 1993), Canarias (de abril a octubre de 1993) y Madrid (de octubre de 1993 a abril de 1994), que han trabajado en la zona del conflicto estaban motivados por su profesión militar, por su vocación aventurera, por su intención de ayudar a la población civil indefensa y por dinero. Algunos simplemente porque se lo ordenaron.

Son jóvenes profesionales, algunos inexpertos, que han madurado muy deprisa, que en general han sido bien man-

dados y que ahora contemplan la vida y valoran lo que tienen de otra manera. Valga el testimonio del legionario Amado Ledesma: «Me ha cambiado muchísimo mi forma de pensar. Con mi familia, mi novia y mis amigos voy a seguir siendo el mismo, pero mi forma de pensar, de ver la vida, es diferente. Viendo todo aquello deberíamos pensar menos en pelearnos y en tantos problemas. La guerra es absurda».

El despliegue resultó malo y complicado al negar los croatas en el último momento la instalación del Cuartel General en el puerto adriático de Ploce. El lugar designado, Divulge, a dieciocho kilómetros de Split (Croacia), alejaba el grueso del contingente español a una distancia de ciento veintisiete kilómetros de la zona de operaciones, creando una cola logística de trescientos kilómetros con respecto al destacamento más avanzado, el de Jablanica (Bosnia), situado a ochenta y cinco kilómetros al sur de Sarajevo. Se estableció una base en cuesta intermedia en Dracevo (Bosnia) y posteriormente se logró la instalación del Cuartel General en Medjugorje (Bosnia), a cuarenta kilómetros al suroeste de Mostar. Según se desarrolló la misión, los cascos azules españoles llegaron a establecer otras cuatro pequeñas bases temporales. En octubre dispusieron de un pequeño sótano en el sector, musulmán de Mostar donde la sección que patrullaba esa parte de la ciudad durante periodos de veinticuatro a cuarenta y ocho horas seguidas podía descansar, comer y hacer sus necesidades.

El Gobierno español disfrutaba de una oportunidad histórica para ganar posiciones y peso en el concierto internacional, y más concretamente un sillón en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La situación obligaba a dar un paso hacia delante demostrando que se asumían los compromisos internacionales, que la creación de una política de seguridad y defensa común en la Unión Europea se respaldaba con hechos reales y que la capacidad de España se situaba cerca del nivel de los países más desarrolla-

dos. Volver la cara y esquivar la responsabilidad representaba condenarse a permanecer en el furgón de cola de los países europeos.

La rentabilidad económica y comercial de la participación española está por ver. La reconstrucción de las ciudades, pueblos, fábricas y todo el aparato productivo de la economía, según como quede el infierno de los Balcanes, va a ofrecer oportunidades ventajosas. El gran inconveniente es la falta de petrodólares para pagar dicha reconstrucción. El presidente del Gobierno, Felipe González, subrayó durante su tardía visita a los cascos azules, el 9 de octubre de 1993, que a España no le movían mezquinos intereses económicos o históricos en Bosnia, ni la búsqueda de influencias ni de petróleo. Ese pretendido altruismo del que hacía gala el Presidente le permite potenciar sus argumentos negociadores para otras cuestiones con otros países que no se andan con tantos miramientos a la hora de luchar por la hegemonía y el poder en Europa. Por lo menos, le permite plantar cara al dueño y señor: el marco alemán. Sin embargo, es preocupante el peligro de convertirse en cordero-Quijote entre una jauría de lobos.

Cuando el Muro de Berlín había caído, la Guerra Fría había desaparecido, los países del centro y del este de Europa habían iniciado la transición hacia la democracia y la economía de mercado, el comunismo había sido enterrado, la Unión Soviética se había desintegrado y se abría un futuro esperanzador para el nuevo orden mundial, ese panorama idílico se desvanecía por la fuerza de los nacionalismos violentos y secesionistas que provocaron las guerras de Croacia y de Bosnia y numerosos conflictos en las antiguas repúblicas soviéticas. Además, la gravísima crisis económica hurtaba el dinero necesario para el planteamiento de una intervención militar internacional en Bosnia con el fin de solucionar un conflicto terrible que ha provocado una preocupante división interna entre los países de la Unión Europea para beneficio de los Estados Unidos. Una intervención que

resultará totalmente contraproducente si antes no se definen claramente los objetivos políticos a conseguir, es decir, la paz que se quiere después. En Bosnia resulta absurdo aventurar cualquier tipo de predicción. La única realidad es que los contendientes están decididos a matarse como hermanos, como les dijo Lord Carrington a los ministros de Asuntos Exteriores de la Comunidad Europea en 1991 cuando regresó de su primera gira por la zona.

El agotamiento de los combatientes parece la única vía para una solución duradera, la cual solo se producirá si surge de los propios con tendientes. Lo demás resultarían parches temporales que serían agujereados por la *libanización* del conflicto, con la propagación de numerosas milicias sin control, y arrasados por la extensión de la guerra a Kosovo y a Macedonia con la implicación directa de todos los países balcánicos: Grecia, Turquía, Bulgaria, Albania y quién sabe si Rusia y el resto de los Estados europeos.

Con el mundo «patas arriba», los españoles no buscan petróleo en Bosnia y actúan con estricta neutralidad, lo que les aporta credibilidad y respeto, pero también les transforma en enemigos y en testigos incómodos, vapuleados en varias ocasiones por los bandos enfrentados.

Enarbolando en primera línea la bandera de la paz y de la ayuda humanitaria, los mayores beneficios alcanzados por los españoles se centran en sí mismos. La oportunidad profesional para los militares ha sido única, así como el reto crucial para el futuro del Ejército y, sobre todo, para la Legión. Por otra parte, el prestigio de España encaraba una reválida decisiva, con los apuntes sin ordenar después de un agitado y costoso periodo dominado por los Juegos Olímpicos y la Expo 92.

El carácter español iba a poner en juego una vez más lo que representa su tesoro y su desgracia: la improvisación. Esta cualidad había proporcionado el éxito de la organización de la Conferencia de Paz para Oriente Medio del 30 de octubre de 1991. Con ocasión de la guerra en Bosnia, la

envergadura de la empresa, su larga duración y sus elevados riesgos obligaban a preparar los detalles con suma dedicación y cuidado, ya que las vidas de un nutrido puñado de españoles iban a estar en peligro. Las paradojas de la vida demostraron que precisamente la forma de ser española, con su imaginación y su capacidad de improvisación, resolvió múltiples y graves problemas sobre la marcha y sobre el terreno.

La operación Alpha-Bravo en Bosnia descubrió las graves carencias de organización y de medios del Ejército español para afrontar una misión de este tipo fuera del territorio nacional, que fue saliendo adelante por el empeño, el sacrificio y por lo que hacemos las cosas muchas veces los españoles...

Inmersos en una profunda crisis económica, en los escándalos de financiación de los partidos políticos y con una campaña electoral de por medio, la presencia española en Bosnia contó con un consenso y apoyo políticos indispensables (aunque este asunto de Estado fuera temporalmente mal utilizado en la campaña electoral de junio de 1993) y gozó de un respaldo popular ejemplar a pesar del alto coste de la operación: más de 12 000 millones de pesetas. José María Aznar, el presidente del Partido Popular, principal formación política de la oposición, retiró públicamente su apoyo a la continuidad de los cascos azules españoles el 2 de febrero de 1994. Ese mismo día el ministro de Asuntos Exteriores, Javier Solana, manifestaba en Bosnia que todavía era necesaria la presencia de los soldados españoles allí, aunque los contendientes impidieran el reparto de la ayuda humanitaria. Solana visitaba el contingente español a los quince meses de su despliegue y transmitía también la opinión de la mayoría de los militares allí desplegados, contrarios a la retirada. Los gobiernos con tropas instaladas en Bosnia se habían otorgado un tiempo para la reflexión, hasta después del invierno, y para tomar una decisión sobre el mantenimiento de los cascos azules como medio de pre-

sión destinado a alcanzar la firma de un acuerdo de paz. Mientras tanto se volvía a barajar la posibilidad de realizar ataques aéreos con aviones de la OTAN contra posiciones serbias para la apertura del aeropuerto de la localidad musulmana de Tuzla, en el norte de Bosnia, y levantar el cerco serbio del enclave, también musulmán, de Srebrenica, al oeste de Sarajevo, donde se pudo realizar el relevo de los soldados canadienses por holandeses.

Los cascos azules se veían indefensos ante las amenazas de represalias serbias. Los legionarios, los paracaidistas, los soldados de Caballería, de Transmisiones y todos en general, tuvieron que aprender quiénes eran unos y otros, por qué luchaban y cómo. Lo que más les sorprendía al principio eran esos musulmanes rubios con los ojos azules que bebían alcohol y casi no rezaban. Aprendieron que todos eran de raza eslava y que habían llegado a ese territorio hacía mucho tiempo, en el siglo VI. Que ya en la Edad Media se habían dividido en tres grupos: los serbios de religión ortodoxa, los croatas de religión católica y los bogomilos, herejes cristianos perseguidos implacablemente por las otras dos iglesias. También aprendieron que en 1460 los turcos invadieron Bosnia después de haber conquistado Serbia y que los herejes bogomilos optaron por abrazar el Islam, que les permitía conservar sus tierras (como buenos conversos, progresaron notablemente dentro del Imperio Otomano), que en el siglo pasado los campesinos cristianos se sublevaron contra los turcos y el Imperio Austrohúngaro ocupó Bosnia, que en Sarajevo empezó la Primera Guerra Mundial y que Tito en los años sesenta reconoció y otorgó la nacionalidad de musulmanes a los bosnios descendientes de los antiguos eslavos convertidos al Islam. Por eso había musulmanes rubios, altos y con ojos azules que iban perdiendo la guerra porque tenían pocas armas. Y comprobaron, sobre todo, que no se podían fiar de ninguno de los tres bandos contendientes, ya que estos no dudaban en utilizar a su población civil y a los cascos azules junto con la

ayuda humanitaria para sus intereses militares, y tampoco dudaban en disparar aunque mataran a quienes habían ido a ayudarles.

Cada soldado español que ha cumplido en Bosnia, mejor o peor, su misión humanitaria podría contar una historia interesante, su propia experiencia durante más de cinco meses en una zona de guerra atroz y singular que no podrá olvidar en su vida. Salvo contadas excepciones, todos han trabajado a destajo muchas más horas que las que se podían imaginar, en unas condiciones muy duras, expuestos a múltiples riesgos y amenazas sin posibilidades claras para defenderse y sufriendo humillaciones muy graves, al igual que los contingentes de otros países. De hecho, muchos soldados nos contaban que la misión no era tan bonita como se «vendía» en los medios de comunicación.

Lo que parece claro es que el Ejército español, y particularmente la Legión, tendrá un antes y un después de Bosnia. La experiencia adquirida en esta misión humanitaria deberá aprovecharse en beneficio propio. También deberá servir para la mejora sustancial del prestigio de las Fuerzas Armadas y para impulsar su integración en la sociedad española.

Cualquiera de los cascos azules debería ser protagonista de este relato periodístico, que pretende contar con el mayor detalle posible cómo se ha realizado la misión humanitaria en Bosnia, las bajas que ha costado y las circunstancias que se han vivido. Muchos soldados echarán en falta su nombre y el relato de su peripecia más interesante, detalles de alguna de las misiones relatadas que se han guardado celosamente o vicisitudes aún más peligrosas, más humanas o más profesionales. Me hubiera gustado contar la experiencia de todos, pero estoy convencido de que en este trabajo se recogen los hechos más importantes, relatados por sus protagonistas y contrastados convenientemente, con datos inéditos aportados por sus opiniones y experiencias.

Muchos detalles se han quedado en el tintero, pero hubiera necesitado varios años y unos cuantos volúmenes de enciclopedia para contarlo todo. Aquí está lo más destacado, principalmente de las agrupaciones Málaga y Canarias. También de la Agrupación Madrid, pero menos, porque su tiempo de misión coincidió con la elaboración del libro.

Muchos soldados, desde generales, pasando por los coroneles Zorzo, Morales y Carvajal, hasta los legionarios, paracaidistas y demás efectivos de tropa, han contado su historia por propia iniciativa y siguiendo el consejo del ministro de Defensa Julián García Vargas para que la sociedad española conociera lo que ocurría en Bosnia, cómo había sido la vida y el trabajo de unos militares que, además de ayudar a miles de personas, recibieron multitud de premios. El más importante fue el Príncipe de Asturias a la Cooperación Internacional como reconocimiento a la labor realizada por setenta mil cascos azules no solo en Bosnia, sino en un total de trece misiones repartidas por todo el mundo, con un presupuesto de 438 000 millones de pesetas para 1994.

«Los soldados españoles deben tener, todos, el valor reconocido por su labor en Bosnia», según el coronel Morales. «El verdadero mérito recae en los que no están en primera línea», reivindica el coronel Zorzo. Yo debo agradecerles a todos pública y sinceramente su enorme y decisiva colaboración. Son ellos los que han escrito el libro, apoyados en un periodista de Onda Cero Radio a quien su empresa envió en ocho ocasiones, y habrá más, para cubrir la información sobre los cascos azules españoles y el conflicto en Bosnia, y que ha apoyado este trabajo, el cual me he privado algunas horas de mi función como redactor jefe. Quiero destacar la colaboración del Ministerio de Defensa y del DRISDE, que han mantenido siempre abiertas las puertas para cualquier consulta sin inmiscuirse en mi trabajo.

He de expresar asimismo mi agradecimiento por el ánimo que me ha dado mi familia, y especialmente mi cuñado

Manolo, un ánimo que se demuestra con el corazón, como el que le han echado a su trabajo los soldados españoles protagonistas de *Casco azul, soldado español*. Un libro que se ocupa de todos, no solo de los legionarios, y que debía terminarse un día, a pesar de que la situación quedaba abierta e imprevisible, para poder imprimirse y salir a la calle. Hemos llegado hasta el mes de febrero. Si ocurre algún acontecimiento de especial relevancia durante el período comprendido desde esa fecha hasta que el libro salga a la luz, no ha de preocuparse el lector por el posible desfase, pues el conocimiento de lo que se relata a continuación resultará muy provechoso para entender lo que haya ocurrido. ¡*Nema problema!*

CAPÍTULO I

LA PRIMERA BAJA

«Mira, le han pegado un tiro a uno y se lo han cargado», le dijo el cabo primero Troyano al cabo Cuevas, conductor de su vehículo blindado BMR. Cuatro musulmanes llevaban a una persona herida sobre una manta. Estaban en el barrio musulmán de Mostar, en una esquina de la calle donde se encuentra el Cuartel General de la Armija (ejército bosnio). Daban protección, con la ametralladora pesada calibre 12,70 mm, al BMR del teniente Arturo Muñoz Castellanos, que descargaba en ese cuartel el resto de un cargamento de medicinas. La trampilla trasera del vehículo estaba abierta justo a la puerta del edificio. Los dos cabos se sentían tranquilos. A pocos metros, cinco jóvenes, sin armas, les miraban protegidos por la pared de una casa medio destruida. Les pidieron una *cigarreta* y el cabo primero Troyano les dio un Ducados. Era mediodía. Tenían ganas de terminar pronto esa misión. Habían descargado antes en el hospital musulmán plasma sanguíneo y medicinas, todo lo que pudo transportar el BMR lleno hasta los topes. La intérprete había tenido que viajar en el puesto del tirador. El tiempo había mejorado mucho, era el 11 de mayo de 1993, un martes primaveral, lucía el sol empañado por el humo de las explosiones y el sabor amargo de la trilita quemada. La Agrupación Canarias solo llevaba veinte días en Bosnia.

Esa mañana, el cabo primero Troyano estaba con el brigada en el mesón del destacamento de Dracevo tomando

un café. Pidieron voluntarios para acompañar al teniente Muñoz. Había que recoger medicinas en Medjugorje, donde se encontraba el Cuartel General de los cascos azules españoles, y llevarlas al barrio musulmán de Mostar. Troyano no lo dudó: «Yo mismo, que estoy aquí sin hacer nada, mi teniente». Todos preferían tener algo que hacer, estar de misión, activos, antes que quedarse aburridos, del mesón al cuarto y del cuarto al mesón, aunque fuera día de descanso. La inactividad era una de las peores situaciones en que podían encontrarse en Bosnia, porque los horrores y la miseria, que veían diariamente, y la añoranza de la familia les daban vueltas en la cabeza. Era mejor no pensar, estar ocupado.

Las razones que le habían animado a ir a Bosnia eran profesionales, quería hacer su trabajo, y en su ánimo no entraba el «escaqueo». Después de tres meses allí —él se había incorporado a la Agrupación Málaga en febrero—, se convenció de que esa misión no se realizaba solo por dinero. El plus que cobraba un cabo primero por participar en la misión de Bosnia era de 260 000 pesetas mensuales. Junto con su sueldo normal de 135 000, la ganancia por jugarse la vida seis meses no llegaba a los dos millones de pesetas. El sueldo de un legionario era de 63 000 pesetas, y el plus de Bosnia, de 210 000. Un cabo, de sueldo 81 000 y de plus 140 000. Un teniente, de sueldo 190 000 y de plus 320 000, y un capitán, de sueldo 230 000 y de plus 340 000. Estas cantidades sufrían variaciones dependiendo de los años de servicio, la escala militar y otras circunstancias.

De Dracevo partió una sección compuesta por tres BMR de línea y un BMR Mercurio de transmisiones. Iba también el teniente Monterde. El operador de radio de su vehículo, el legionario Fernández Malla, preguntó al cabo primero Troyano cómo estaba la situación en Mostar. No lo sabía, pero cuando cargaban las medicinas en Medjugorje se lo preguntó al teniente Muñoz.

—Mi teniente, ¿cómo anda la cosa de bombardeos en Mostar?

—Nada, tiene que estar tranquila cuando vienen esos dos pájaros con nosotros.

Se refería a dos comandantes médicos que sonrieron con la broma del teniente. Troyano nunca la olvidará, porque fueron las últimas palabras que cruzó con él.

La sección llegó al último *checkpoint* («control») antes de entrar en Mostar. Los croatas solo dejaron pasar a los dos vehículos que llevaban las medicinas, el del teniente Muñoz y el del cabo primero Troyano. Hacía un mes que habían comenzado los combates entre croatas y musulmanes en la ciudad. La misión humanitaria de los soldados españoles se había complicado mucho. La Agrupación Táctica Canarias había relevado a la Málaga el 19 de abril.

PRIMER AVISO

Circulando por el interior del barrio croata de Mostar, los dos blindados se dirigían hacia el puente Tito, sobre el río Nerelva, que divide la ciudad entre croatas y musulmanes. Era un puente Bailley norteamericano prefabricado que se había logrado instalar en febrero. Los seis que antes tenía la ciudad habían sido destruidos, excepto el puente viejo construido por los turcos, en 1566; el ingeniero que lo proyectó huyó una vez terminado porque el sultán le amenazó con cortarle la cabeza si volvía a caerse. Esta auténtica seña de identidad histórica de Mostar aguantó en pie cuatro siglos, hasta que fue destruida por las bombas el 9 de noviembre de 1993.

A punto de doblar la última manzana antes del puente Tito cayó una granada detrás de los vehículos, a unos cuarenta metros. El teniente Muñoz pidió tranquilidad mientras la intérprete explicaba a los agresores por el altavoz del